

Mambrú volvió de Corea

José María Espinasa

EL NARRADOR Y ENSAYISTA COLOMBIANO R. H. Moreno-Durán da con su novela *Mambrú* ese extraño salto que consiguen sólo algunos muy buenos narradores: salir de su propia atmósfera, personal e intransferible, situada en el terreno del lenguaje, del estilo y de una particular concepción del sentido narrativo –el resultado han sido admirables relatos cuya lectura exige una sincronía con las propuestas del autor, de allí que los señalamientos (acusaciones en algunos casos) de ser un novelista excesivamente barroco y abstruso no vengan al caso–, para ir a caer de forma natural en una transparencia que ya no sea enajenable en aras de la superficialidad o la simplificación.

Así, el lector fiel (los tiene en buena cantidad y mejor calidad) que sigue a Moreno-Durán libro a libro puede sorprenderse de estar ante una novela que se lee, según la expresión, de una sola sentada, sin ninguna dificultad a pesar de tener una considerable extensión. No hay que, sin embargo, dejarse llevar por un entusiasmo publicitario o mercadotécnico y decir que se trata de una novela fácil; sus exigencias –aquellas desde las cuales fue escrita y debe ser leída– son tan fuertes como las de su célebre trilogía *Femina suite* o de su novela *El Caballero de La Invicta*, sólo que la presión levantada en el taller del escrito ha permitido que se alcance la transparencia.

Mambrú es la manera de entender su regreso físico a Colombia, explicarse y explicarnos parte del drama de un país sumido en la violencia desde hace décadas. Moreno-Durán se da a conocer como escritor en la Barcelona de los años sesenta y primeros ochenta, vive el entusiasmo del posfranquismo y saborea las mieles de una atmósfera intelectual en efervescencia. Ya para fines de los ochenta está de regreso

en Colombia, con una fama bien ganada de buen escritor y lector exigente, y allí publica –antes de *Mambrú*– las novelas *Los felinos del Canciller* y *El Caballero de La Invicta*, así como los cuentos de *Metropolitanas* y un relato espléndido, *Cartas en el asunto*, que forman una bitácora de su “regreso a la patria” (por otro lado, nunca se había distanciado de la temática y el lenguaje de su país).

Esta sucinta información biobibliográfica me parece necesaria para situar al lector mexicano ante el libro que se comenta, pues su autor, bien conocido en México en determinados círculos –ya desde hace unos quince años Juan García Ponce llamaba la atención sobre su literatura– y con la suerte de que las ediciones españolas llegaban regularmente a librerías (e incluso hay ediciones mexicanas, por ejemplo de *Metropolitanas*, en la UNAM), es por fin con esta novela que tendrá una presencia editorial en busca de un público mayoritario.

Ese salto que se mencionaba al principio se da al vacío y sin red de protección, al ocuparse de un tema singularmente doloroso para los colombianos y fácilmente reconocible para cualquier latinoamericano, y en un registro en el cual, sin abandonar su vena paródica, de enorme trabajo en el pastiche y el homenaje indirecto, asume con toda seriedad y desde dentro de los personajes el drama de una nación devastada por una violencia tan sin sentido como la que hubo en la decisión de ir a pelear a Corea.

Sería fácil pensar en que el sinsentido viene de participar en una guerra ajena, pero se trata de un asunto mucho menos coyuntural y más profundo: no ésa, sino toda guerra es ajena, y tal generalización es terrible gracias a que encarna en personajes determinados, sea un militar de grado o un

soldado de a pie con nombre y apellido, con vivencias particulares y gestos propios. Y esa guerra, al volverse nuestra, nos cae encima.

Sintetizo la anécdota: un historiador, hijo de un héroe de Corea, es invitado a participar en un viaje presidencial (Virgilio Barco al estilo Luis Echeverría) en homenaje a los caídos 35 años antes, y a través de una investigación recupera la voz de varios participantes en aquella lejana (pero tan presente) y absurda guerra, componiendo (en términos musicales y visuales) un mosaico traumático y contundente, en el que paralelo al absurdo del hecho las personas revelan su complejidad real, mucho más importante que cualquier objetividad realista.

Por otro lado, Moreno-Durán sabe aprovechar el lugar común que señala que la realidad es más fantasiosa que la



ficción (baste un ejemplo: la enfermedad sufrida durante el viaje por Barco, diverticulosis, que obligó a un tratamiento de emergencia durante el recorrido). Si la novela no necesita ninguna verificación realista, sí se apoya en cambio en una estructura muy compleja en el entramado de voces (tan brillante como no se veía en una novela en español desde *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa), donde cada una de ellas conserva su autonomía y personalidad a la vez que al reunirse resuenan de otra manera, mucho más crítica, denunciando ese aspecto siniestro del absurdo colectivo que ni siquiera la calidad de la persona puede borrar.

Moreno-Durán describe su tiempo –su presente– con descarnada mordacidad, sin dejar que la ternura le autorice licencias; los políticos llevan su nombre y los hechos son perfectamente reconocibles (a los mexicanos muchos de

ellos nos resultan familiares). En el aspecto a lo Valle-Inclán de los hechos, encuentra también rumbo y acomodo un estilo que debe al periodismo su irrefutable sentido humano, y que refleja el pasado en el absurdo del presente y a la inversa, ejerce la memoria como crítica en nombre de los sacrificados por una institución –el Estado– definida por esencia en su estupidez asesina.

No es azarosa la mención de Valle-Inclán, pues Moreno-Durán es uno de los escritores que mejor entendió el aliento y el camino abierto por el autor de *Tirano Banderas*, y no es difícil reivindicarlo como su heredero. Toda su narrativa es una reflexión sobre el esperpento, escrito en el caso de los países latinoamericanos más por la historia que por la ficción –un buen ejemplo es Santa-Anna, paradigma esencial que contamina el perfil de un Bolívar o un Hidalgo–. (En relación con este último y con un esperpento despojado de su barroquismo, vale la pena pensar en *Los pasos de López* y en Ibargüengoitia, escritor en algunos aspectos cercano a lo que hace Moreno-Durán.)

En estos países todo parece ser una chapucería, no existe grandeza ni en los momentos menos equívocos de heroísmo y valentía; vacíos de convicciones, los anecdóticos patrios dan más bien vergüenza. Políticos sin inteligencia ni ideas precipitan a sus gobernados en aventuras de inevitable sesgo trágico a nivel personal y una indeleble huella cínica a nivel colectivo, situación en la cual ni siquiera la ausencia de valores propone una verdadera desesperanza, un nihilismo convicto, sino apenas una tacaña sobrevivencia sustentada en el sacrificio del vecino.

No conozco otros textos sobre la participación del Batallón Colombia en la guerra de Corea –a lo largo de la novela, que muestra un documentado aparato de investigación sin volverlo farragoso, se citan varios, incluido uno del entonces joven periodista Gabriel García Márquez–. El proceso de acumulación tomó casi medio siglo para que el imaginario colectivo aceptara una visión tan descarnada, y que tomara cuerpo narrativo esa historia absurda que dejó lastimado al país y supurando por la herida sin mucha posibilidad de cicatrizar (en cierto momento se señala que ese ejército heroico que combatió en Corea, regresó a aplicar su entrenamiento en contra de la guerrilla).

Mambrú es un libro valiente, su postura está apoyada en una mirada ética sobre la historia que se vuelve una violenta requisitoria política, y por eso resulta un libro saludable (otro punto de contacto con Ibargüengoitia). Al leerlo, pensaba en el tiempo histórico y literario que nos tomará a los mexicanos escribir el 68, o incluso algo sobre nuestro un tanto infantil

(comparado con el Batallón Colombia) Escuadrón 201. Pero sobre todo pensaba en la guerra de las Malvinas y en el ejemplo de un ejército que sólo muestra valentía contra su propio pueblo desarmado.

No quiero dar pistas equívocas. La requisitoria contra la historia y el ejército colombiano que hay en *Mambrú* es tan profunda gracias a que está desideologizada. Al ver a los generales con sus medallas, lo que viene a la mente no es una rabia militante sino una risa incontenible, justamente eso que no pueden soportar, aunque pueda también ser un inquietante tic nervioso frente a esa enana estatura moral.

La efectividad de Moreno-Durán al tejer las diferentes versiones de cada uno de los personajes se da en un entramado perfecto gracias a que antes de buscar desplantes demagógicos o representaciones simbólicas, le interesan los personajes, de carne y hueso, de tinta y papel. Al imponerse la verdad narrativa de los personajes a la mentira de las abstracciones –patria, Iglesia, libertad, familia–, queda más en evidencia su vacuidad. Por eso, al igual que los soldados que se masturban con las aventuras lúbricas del Libertador y Manuelita, o se precipitan en la sífilis de los burdeles locales, al final la reivindicación del presente se apoya en el deseo y en el cuerpo, sin dejar de ver su aspecto esperpéntico, así sea en la juguetona procacidad de una ministra sin ropa interior.

La sorpresa inicial pasa a ser el reconocimiento de lo natural en la obra de Moreno-Durán. Hay quien dice que la prueba inmediata que le hacen a uno cuando se quiere comprobar la nacionalidad es pedirle que cante el himno nacional. Y es cierto, resulta difícil, por más antipatriota que uno se proponga ser, no conocer el himno. Pero es la entonación la que cuenta. En este caso, no se trata del himno sino de esa canción que después de la lectura de esta novela ya no podemos llamar infantil: Mambrú se fue a la guerra... •

Publicado en *La Jornada Semanal*, México, 1997

JOSÉ MARÍA ESPINASA es poeta y ensayista. Fundó la editorial Ediciones Sin Nombre. Entre su obra destacan los volúmenes *Pielago*, *Cuerpos* y *El gesto disperso*, todos de poesía.

